



www.loqueleo.com/bo

© 2023, César Herrera
© De esta edición:
2023, Santillana de Ediciones S.A.
3er anillo interno Av. Pedro Rivera N° 3095
entre Av. Alemania y Av. Beni
Telf. (3) 3397998

ISBN: 978-99974-21-58-6
Depósito legal: 4-1-2001-2023
Printed in Bolivia - Impreso en Bolivia
Primera edición: mayo de 2023

Edición:
Montse Esteban Alaix
Ilustración de cubierta:
Alejandra Salvatierra

Impreso en SPC Impresores
Teléfono: 2111121

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o
cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El reino escondido

César Herrera

loqueleg

*Para Samaipata;
lugar de encuentros y reinos ocultos...*

*...Y del reino que todavía existe,
solo los mansos de corazón,
los que sueñan y creen,
bosquejarán su magnitud,
porque están lejos de donde
el metal se llena de moho,
lejos de donde la tierra se pelea,
lejos de los ojos codiciosos que
solo buscan el poder y la gloria...*

¿Es de alguien?

—¡Llegó el coronel! —gritó Santiago, abriendo la puerta de par en par.

11

Los ramilletes de luz se esparcieron por toda la habitación. Doña Luisa, su madre, que estaba acostada en un catre, abrió de golpe los ojos viendo chispas coloridas en el techo. Por un momento pensó que eran los españoles que venían a llevársela para ahorcarla en plena plaza por andar exaltando la libertad a los cuatro vientos, tal como su abuelo le había contado que hicieron con él, casi un siglo antes. Estaba soñando con el abuelo, ese mismo que tuvo la suerte de que un ventarrón de otro mundo lo salvara de la horca aquella tarde en que invadieron la siesta de sus recuerdos.

En ese preciso instante, en que doña Luisa abrió los ojos y percibió el olor a naranja añeja, vio la figura del abuelo desvanecerse y convertirse en la imagen desgarrada de Santiago, su hijo, quien tomaba la siesta de la tarde abanicada por sus lamentos eternos. El niño entró con la respiración entrecortada, acezando por la carrera improvisada desde la plaza hasta su casa. No aguantaba

el afán de contarle a su madre tras que se enteró de la noticia.

—Rápido, pásame la mantilla —dijo la mujer levantándose instintivamente, como si hubiese estado esperando toda la vida aquella noticia.

12 Se arregló los cabellos en el espejo que estaba frente a la cama y desarrugó el vestido café mientras Santiago la miraba pálido con la mantilla entre las manos. El corazón del niño seguía alborotado y sus pensamientos desbarrancados: tres meses esperando, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día. Todo eso mientras los telegramas parecían perderse en la inmensidad del vacío, llevados por una mano invisible de desolación, sin rumbo ni destino.

La mujer salió de la habitación como un viento intempestivo.

—¿Voy? —preguntó Santiago desde la penumbra silenciosa del cuarto.

Ella ya no lo escuchó, los pasos apurados salieron por el alar y tomaron la calle sin preámbulos, presa de un ataque de esperanza. El niño salió tras ella siguiendo un caminito de pasto cobijado por las sombras de los árboles del paraíso. La mujer parecía ir repitiendo una oración muda, y Santiago emparejó los pasos situándose a su lado.

—¡Ojalá tu padre estuviera aquí! —dijo ella. Santiago pensó lo mismo.

Esa mañana el padre se había levantado con la esperanza puesta en el pueblo vecino; pero no dijo nada a nadie en la casa, ensilló un caballo y partió sin más.

Santiago y su madre siguieron caminando por las calles de tierra hasta llegar a la plaza; atravesaron los jardines a toda prisa y, a la altura de la iglesia, doña Luisa cerró los ojos, se persignó y lanzó una plegaria al cielo.

—¡Que aparezca mi hijo! —escuchó Santiago.

La observó detalladamente: las facciones pálidas, el semblante ausente; envuelta en el dolor de la desaparición de su hermano; una lágrima bajaba por su mejilla. Esa imagen se quedó fija en la mente del niño. Las ojeras marcaban el rostro de la madre por los desvelos, su figura parecía cada vez más menguada, siempre acompañada de ese rezo inaudible que sus labios repetían a cada momento. Suspiró todavía en pie. Entonces, una brisa primaveral lanzó una ráfaga de flores silvestres bañándolos de pies a cabeza, pasó de largo, y fue a perderse en los alrededores de la plaza. “*Va a aparecer*”, se convenció Santiago.

Caminaron dos cuadras más, callados, con la premura de los pasos de doña Luisa, y se detuvieron frente a una casa alta con horcones. Subieron unas gradas. La puerta estaba abierta de par en par. Su madre se apresuró a tocar para evitar gritar la desesperación que llevaba dentro. Santiago se mantuvo detrás de ella, a la expectativa. Desde ahí vio el retrato del coronel colgado en una de las paredes, más joven que nunca. Toda la casa tenía olor a flores frescas que emanaba del jardín que estaba al fondo. De adentro apareció una pequeña mujer envuelta en una manta oscura, que la reconoció al instante.

—Entre doña Luisa —le dijo, compadeciéndose de su desgracia.

Ingresaron a la sala y se sentaron bajo la mirada de la pequeña mujer que cruzó las manos mientras ellos tomaban asiento. Ella estaba con el alma en un hilo, obligándose a guardar silencio para que sus palabras no salieran despavoridas por el dolor. La mujer, viendo la impaciencia de doña Luisa, volvió a internarse en la casa llamando al coronel. En esos instantes, Santiago miró con detenimiento la sala: los esquineros de madera cubiertos por helechos de hojas largas, verdes, húmedas; el living mantenido en pie solo por la prudencia diaria del aseo. Entró el coronel, testigo de varias vidas, erguido, todavía alto, con las huellas de varias guerras encima, su uniforme oscuro, bigotes blancos y cabellos bien cortados. La madre de Santiago se levantó y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerse en pie y no caer postrada a sus pies para implorarle ayuda.

—Doña Luisa, buenas tardes —saludó el coronel.

Ella contestó algo que ni Santiago ni él entendieron. El hombre le hizo un ademán para que tomara asiento de nuevo. La figura cenicienta de la mujer estremeció al coronel quien se fijó con detenimiento en sus facciones, envueltas en el desgano y la desolación: los ojos habían perdido esa chispa que él recordaba, y la figura, cada vez más delgada, lo estremeció.

—Le mandé 33 telegramas —manifestó doña Luisa tratando de serenarse. Él la miró incómodo.

—Solo recibí uno —respondió el coronel—. Pero no se preocupe, porque ya lo están buscando en Santa Cruz y en Sucre. Solo hay que tener paciencia.

Había dicho la palabra que doña Luisa detestaba escuchar porque, a cada paso que daba por el pueblo, ese era el consuelo que le daban la mayoría de las personas. “*Paciencia, paciencia*”. Esa palabra le sonaba vacía, sin sentido ni razón. Doña Luisa se perdió en el laberinto de la conciencia. Creía que, con la llegada del coronel, habría buenas nuevas; pero lo miró y se percató de que no traía más que decir. El coronel bajó la mirada para no observar los ojos de dolor y desamparo de doña Luisa, quien se había quedado flotando a la deriva de sus lamentos. Nadie sabía nada de su hijo, nadie. “*¡Qué saben los hombres de ser madres!*”, volvió a decirse a sí misma y se mordió la lengua para no gritar la angustia que llevaba en el alma. Tres largos meses ilusionada, creyendo que él la ayudaría y, ahora, era presa de la decepción.

El coronel continuó diciendo algo más para tratar de consolarla, sin embargo, ella ya se había despedido con la cabeza abrumada de interrogantes.

El hombre salió tras ella llamándola por su nombre, pero solo Santiago volteó a mirarlo. Ella bajó las gradas en un santiamén y siguió por las calles. El niño salió, la escuchó por primera vez proferir toda clase de improprios, y le pareció que estaba más perdida que nunca. Santiago tuvo que llevarla del brazo para que no saliera del pueblo iluminada y en volandas por sus premoniciones. Mientras, el coronel se quedó abatido afuera, viéndolos desvanecer en el calor de la tarde. La mujer pequeña los siguió hasta donde él estaba.

—¡¡Pobre mujer!! —dijo ella—. Es como si la tierra se lo hubiera tragado —suspiró impotente.

Santiago entró en la casa del brazo de su madre. La mujer se sentó en el alar cubierta por un halo de tristeza. Con la mirada perdida en el vacío, Santiago la observó un rato sin saber qué hacer, ni qué decir.

—Sus sueños se lo llevaron —exclamó doña Luisa con resignación.

La tía Romina apareció del interior presintiendo que se había perdido algo. Vio a su cuñada sentada, mirando sin mirar, con los ojos vidriosos, adormecida por el dolor, y prefirió no preguntarle nada.

—¿Qué fue? —solicitó a Santiago que pasaba de largo hacia la cocina a tomar un vaso con agua.

Se sirvió de una tinaja, tomó asiento y observó por la ventana los cartuchos blancos del jardín. La tía Romina se acercó secándose las manos en el delantal, examinándolo.

—Llegó el coronel —dijo Santiago desalentado.

Los ojos de la tía Romina se iluminaron por escasos segundos. Luego vio la sombra de la incertidumbre que se alargaba por toda la casa, cubriéndola de tristeza. Ese silencio asfixiante hizo que comprendiera lo que estaba pasando.

—No sabe nada, ¿no? —concluyó sentándose frente a Santiago con la mirada ensombrecida, y añadió resignada—: Ese hombre toda su vida fue un inútil.

Santiago tomó el vaso con agua de un solo trago: la carrera y la emoción le habían secado la garganta.

—Cuando llegue tu padre se entenderá mejor con él —continuó la tía.

Ambos se miraron temiendo que sus pensamientos brotaran: Juan de Jesús, indefenso, ahora caminaba

quién sabe por dónde, con la premonición de sus sueños en las manos, por tierras extrañas, con miradas nuevas que, tal vez, veían al niño como una especie de ente que andaba flotando en sus pensamientos. Miles de preguntas invadían a todos en la casa que no terminaban de encontrar asilo en ningún lado.

La madrugada en que desapareció Juan de Jesús, era una noche clara, colmada de estrellas en el cielo y la luna llena como único testigo. Santiago dormía en la misma habitación, pero no escuchó nada, ni sintió nada; parecía como si una corriente de aire invisible hubiese entrado en las penumbras del cuarto y lo hubiese sacado de su cama, sin darle tiempo a despertar ni dejar huellas de la desaparición.

Se esfumó en una algarabía de sueños que se mezclaron en el ambiente del pueblo, silenciosamente, envuelto en ráfagas de ruegos, deseos e ilusiones. Cuando Santiago abrió los ojos por la mañana, encontró la cama vacía. Se le hizo muy extraño porque, casi siempre, el primero en despertar era él y, por un momento, pensó que estaría en la cocina o por el alar; pero cuando lo buscó, no lo halló.

—¿Dónde está Juan de Jesús? —preguntó a su madre que se encontraba podando algunas rosas en el jardín junto a la tía Romina.

—En su cama, ¿dónde más? Todavía no se ha levantado —contestó convencida de lo que decía.

—No está en la cama —sentenció Santiago con la voz grave y más serio que nunca al ver que su hermano no estaba por ningún lado.

Doña Luisa quiso sonreír, pero después se detuvo y lo miró directamente a los ojos. Entonces comprendió que no mentía. Vaciló un momento antes de moverse. Luego, una ráfaga de espanto la hizo levantar rápidamente y salir corriendo hacia el cuarto de los niños. La tía Romina fue tras ella. La madre entró y el olor alborotado de esos sueños vaporosos todavía la recibió: olía a orquídeas salvajes, a lilas, a monte. Miró de un lado a otro por toda la habitación, se asomó debajo de las dos camas, pero no encontró nada. La tía Romina escudriñó un ropero antiguo de caoba oscuro que había frente a las camas, pero no estaba entre los abrigos, ni entre la ropa.

—¡Ave María! Hay que buscar casa por casa, en todo el pueblo —anunció persignándose paralizada por la situación.

Los tres se miraron por un momento. Luego, tal como estaba, salió corriendo hacia el telégrafo en busca del padre tal vez con la esperanza de que estuviera ahí, pero tampoco estaba, y la noticia se corrió rápidamente.

Desde entonces no tuvieron un momento de paz en casa. Recorrieron el pueblo entero preguntando por Juan de Jesús, patio por patio, en los gallineros, establos, corrales, veredas, escondites. Nadie sabía nada, ni siquiera lo habían visto. Había desaparecido sin dejar el mínimo rastro, y doña Luisa poco a poco se fue hundiendo en la desolación. Ella, en el fondo, sabía perfectamente lo que estaba pasando, así que se postró en el alar a mirar el vacío.

—Sus sueños se lo llevaron —exclamó repetidamente, atacada por una conformidad inusual.

Don Alcides, su esposo y padre de los niños, la miró y se sintió contagiado por aquella nostálgica desolación. Aunque sabía que Juan de Jesús era un niño especial, todos lo sabían, cada vez que lo miraba trataba de acostumbrarse a su ausencia, hasta ese día fatídico en que no dejó más huellas que los olores de sueños a los pies. Entonces sintió el frío de su recuerdo navegar por aguas nuevas y lejanas.

El siguiente domingo, don Alcides se encontró con una mujer conocida que venía de San Juan del Rosario a vender algunas gallinas montada en un burro. Se bajó y, después de saludarlo, se apartaron bajo la sombra de un alero frente a la casa.

19

—Dicen que vieron a Juan de Jesús allá por las chacras, que iba caminando como un alma en pena, con los ojos cerrados —susurró la mujer al oído para que la gente no la escuchara y sacara conclusiones precipitadas. Le indicó que hablara con el párroco, que a lo mejor él sabía algo más.

Las palabras de aquella mujer fueron una luz en las tinieblas de ese desconcierto. Le agradeció, y esta siguió su camino. Él se quedó mudo por algunos instantes, y el corazón se perturbó sin decir nada más. Don Alcides partió a su casa a prepararse: entró a su cuarto y buscó unas botas de cuero en el ropero, tomó un sombrero y todo lo necesario para salir a una expedición. Doña Luisa, que seguía en el banco del alar, lo vio contrariado.

—¿Para dónde te vas? —preguntó con indiferencia.

—Dicen que lo vieron por San Juan —respondió él sin dejar de hacer lo que hacía.

La mujer se levantó rápidamente, desentumiéndose de las plegarias repetidas, dejando a un lado el rosario que la acompañaba, envolviéndose nuevamente entera de esperanzas.

—Yo voy contigo —resolvió ella sin pensarlo, acercándose.

—No mujer, déjame a mí. Nos vamos con mi compadre Ezequiel y su hijo. ¡Qué vas a hacer en el monte! —dijo él tratando de tranquilizarla.

20 —Pero yo quiero ir, quiero saber. Pobre mi niño, qué hará por esos lados, si ni las afueras del pueblo conoce —insistió desconsolada.

Don Alcides la abrazó, escuchando sus sollozos ahogados. Estuvieron así un buen rato hasta que ella recuperó las fuerzas y la mirada adquirió color, se secó las lágrimas, y se arregló los cabellos.

—Deja que vayamos nosotros. Yo lo voy a traer de vuelta —repitió el padre convencido.

Ella lo observó tratando de creer en sus palabras con todo su ser. Santiago había visto toda la escena desde el umbral de la puerta minutos antes, así que escuchó todo; tenía esa mirada distinta, seria, no era el mismo niño.

—Pero yo sí voy contigo —dijo resueltamente.

Sus padres lo observaron. La figura del niño se alargaba cada día más como un suspiro de vida. Pronto Santiago cumpliría doce años y, si bien era menor que su hermano, sentía que él era el mayor. Además, siempre había tratado de protegerlo de todo; menos de sus sueños, que contra ellos nadie podía hacer nada.